

LOS MADRILES

Director: Angel Pons.

Revista semanal.

Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.

BAILE DE BLANCO Y NEGRO



—No haga usted caso: los maridos no se enteran casi nunca.
—Si, ya me ha dicho que está harto de que le haga ver lo blanco negro.
—Y por eso lo ha traído usted á que vea blanco y negro.



El sol de primavera continúa de monos con Madrid. A ratos hace calor, a ratos llueve. En unas horas se asa uno por esas calles, en otras tiritita de frío. Luce el firmamento su azul puro por la mañana y por la tarde está más negro que la conciencia de algunos hombres de pró. En fin, que estos cambios atmosféricos asombran a cualquiera. Yo tengo para explicarlos una teoría.

Es que las costumbres políticas de España se han constituido en leyes meteorológicas y por eso alternan lluvia y vientos, sol y frío. El turno pacífico en la meteorología. La inconsecuencia lo invade todo, hasta los espacios donde el rayo se forja y el agua se condensa para liquidarse después y caer en forma de chaparrón a la tierra.

Todo lo cual—lo de la falta de estabilidad en la temperatura—no puede impedir a los madrileños las diversiones. Los festejos continúan; eso sí, con la misma modestia con que empezaron. Festejos pocos, pero malos: los forasteros se han ido ya y no se enteran de estas cosas. ¡Qué descrédito si llegan a quedarse, para la villa coronada!

¡Los bailes populares... Digan lo que quieran las personas que usan la seriedad como un cosmético para disminuir los defectos personales, esas fiestas del pueblo tienen mucha gracia y alegran al más melancólico. Que se convierten los mercados en salones de baile! Bueno; váyase por las veces en que los salones de baile se convierten en mercados.

Pero que nadie niegue la hermosura, los encantos, hasta el *chic* de las *soirées* de las plazas de los Mostenses y de la Cebada. Los pañuelos de Manila que asombran y que con los flecos largos exponen a sus dueñas a enredarse con cualquiera de los concurrentes. Las cabezas atusadas por manos de peinadoras y las caras llenas de la expresión picaresca y riente propia de las hijas de Madrid. Las majas que compiten con las más ricas de las aristocráticas. Perlas como puños... chiquitos. Brillantes como garbanzos... de tercera clase. Y luego aquel contoneo en la danza; aquella languidez en los movimientos del *sobotías*. ¡Vamos que esos bailes populares

PLÁTICAS

son un espectáculo agradabilísimo! En esto de bailes nada de términos medios. O la fiesta suntuosa, celebrada en salones deslumbrantes, o la fiesta popular donde se trata todo el mundo con intimidad grandísima.

¡Hay nada más ridículo que esas reuniones de medio pelo, con señoritas cursis, hambrientas de matrimonio y pollos que tratan de imitar a Marsilla y demás amantes que en el mundo han sido!

Ni la naturalidad encantadora de

ACTUALIDADES



Mlle. Virginia Aragone.
DEL NUEVO CIRCO DE OHLÓN.

las mujeres del pueblo ni la distinción propia, el arte exquisito del que llaman gran mundo. Jovencitas ó mujeres talladas que pretenden una boda; y la pretenden a toda costa con la desesperación del naufragio que se agarra al matrimonio de salvación.

Una que canta; ya saben ustedes: la que canta de *afición*. *Mezzo soprano*, *mezzo elegante* y *mezzo* otras cosas. Después la que toca ó las que tocan; porque esta tarea requiere abundancia de personal. Y luego el coro de muchachos; las mamás, padres, tíos y demás acompañamiento requerido para la obra.

¡Nada, nada! O lo suntuoso de arriba, ó lo sencillo y encantador de abajo. Lejos de pretensiones risibles y de los peligros en que perecen tantos jóvenes de porvenir, hoy vic-

timas de las chicas que fueron la admiración de las reuniones de confianza.

Recuerdo que una vez en una de estas veladas, con su poco de poesía lírica, tocaba el piano una joven bastante coqueta.

Y uno de los concurrentes acercándose a mí, dijo en voz baja:

Toca bastante bien. Pero no es lo que llaman los *dilettanti* una virtuosa.

Entre baile y baile de los populares, retreta. ¡Virgen Santísima que de apreturas! ¡Qué noche, válgame el cielo! exclamaba cierta viuda alegre que yo conozco. Y en efecto fué noche de bullicio. Las carrozas gustaron mucho, sobre todo la última. Marte estaba muy gallardo; sin vestido de ninguna clase, como era natural, y con su rodela correspondiente. ¡Y aquel desnudo se paseó entre las luces de las antorchas y puesto a la altura de los cuartos principales! Vamos, que algunas niñas sintieron cierto lógico ruborillo.

Pero ¡bah! qué importa. Todo se compensa con haber disfrutado del fantástico desfile. ¡Ay, cuántas que fueron tranquilas a la retreta, al regresar a sus hogares tenían el corazón herido de punta de amor y la cara tiznada con el humo de las hachas de viento!

Habló el jurado de la Exposición de Bellas Artes y dijo lo que ustedes sabrán. Con tal motivo los artistas se han indignado mucho. Hacen mal. Qué puede un jurado con reputaciones como las de Sala, Jiménez Aranda y Benlliure? Qué eclipsará con sus amaños la justa nombrada de Garnelo y Muñoz Lucena? Qué puede detener en su carrera a los que la comienzan con tantos bríos como Pulido? Pues entonces no importa nada eso de las medallas. Las mejores son las que da el público. El jurado de veras es el de la opinión. Porque aquí hay algunos que han nacido para ser jurados y para ser de la comisión. Y no hacen más que eso y nos quieren hacer creer que tienen importancia. Vaya, pues no es verdad y punto concluido.

Por cierto que estos días se habló de que en el Palacio de la Exposición quedaban gérmenes de la pulmonía infecciosa, por lo cual algunos de los concurrentes asiduos contraían la terrible enfermedad.

No hagan ustedes caso. Allí no ha habido más germen patológico que la propuesta de premios hecho por el tribunal de los 13.

¡13! ¡Lagarto! ¡Lagarto!

J. FRANCO RODRIGUEZ.

Aspirante á...



TENOR

TÚ DIRÁS

SONETO.

«Seré tuya ó de nadie»—me decías — todo mi porvenir está en quererte, mi cariño es más firme que mi suerte y triunfo de la ausencia y de los días.
«Adios, bien mío; si en mi amor cont... seré feliz hasta que vuelva á verte», y en mis brazos cayó tu cuerpo inerte y yo oprimí tu mano entre las mías.
Mucho tiempo pasó. Mía no has sido y á otro hombre pertenece tu existencia. Permíteme sacar la consecuencia que tus actos provocan:—O has mentido faltando á tu honradez y á tu conciencia, ó tienes á un don Nadie por marido.

JOAQUÍN DICENTA.

LAS CUATRO ESTACIONES

A MI QUERIDO AMIGO
Y LAUREADO POETA D. JOSÉ DE CAVEDA SALCEDO

I.

—¡Que hable, que hable D. Nicolás!
—Justo, que hable; á él le toca su vez...
Venga una historia, una verdadera historia de amor.

Aspirante á...



OBISPO

—Señores... ¿yo una historia de amor?— exclamó asombrado el pobre viejecito, paseando en torno de sus jóvenes amigos la temblorosa expresión de sus ojillos grises.

—¿Y por qué no...? Vd. ha sido joven: habrá por lo tanto algún recuerdo, con viva nota de alegría, guardado en el archivo de su memoria... rebusque, rebusque Vd.

—¡Imposible!

—¿Cómo? ¿no hay ningún recuerdo? ¿no ha querido Vd. á las hijas de Eva?

—Hombre, he querido á mi esposa... pero como un buen hombre quiere á una buena mujer... tranquila, dulce, legalmente...

—¿Y no hay en la vida de Vd. ningún pecadillo venial?

—No ha habido ninguna aventura...

—¿No ha amado Vd. nunca...?

—¿Amar?

—Sí, amar; sentir la explosión violenta de un deseo y luego la embriaguez de la posesión, para languidecer en la tristeza de la dicha perdida...

—Amar, sí; puedo decir que he amado toda mi vida...

—¿A otra mujer? ¿no legalmente?

—Así es. Pero no son Vds. personas á quienes uno puede confiar ciertas nimiedades delicadas...

Una ruidosa protesta se produjo, todos rechazaron la opinión formada por D. Nicolás acerca de aquel grupo bullicioso y alegre. Muy por el contrario, estaba probado: los jóvenes que formaban el auditorio eran mozos de gustos muy selectos, de ideas nada vulgares... y de una esquisita sensibilidad...

—Pues bien, señores, no se enojen por Dios conmigo... dijo D. Nicolás, y en cambio paso á hacer la confesión de mis culpas.

II.

Yo era muy joven cuando entré en la casa de los Sres. Varenillan, Caós y compañía. Tenía una preciosa letra inglesa, era habilísimo en la contabilidad, mi amor propio estaba cifrado en la esbeltez de mi cuerpo, la blancura de mis manos finas, aunque un poco rechonchas, y sobremanera en la coliflor de pelo que adornaba por arte del peluquero, mi cabeza de hortera.

Por lo demás, era un muchacho demastado formal.

El dependiente mayor de la casa me llamaba siempre el Sr. Brunez y me trataba con suma deferencia.

En fin, diré que me gustaba extremosamente vestirme con ciertas pretensiones de elegancia; más habrá de decirse, que yo lo consideraba como un deber; era para mí el traje, algo como el uniforme del oficio; ir bien vestido, era acreditar á la casa... Además no hay recluta del comercio que no sueñe con llegar alguna vez á ser banquero... y yo tenía estos sueños.

La mañana en que yo ví á la señorita Clara, lo confieso, quedé embelesado, miré por entre las barretillas del escritorio al mirador de cristales en cual la niña jugaba.

Y sentí cierto vergonzoso remordimiento de haber mirado con embeleso, el embeleso con que contemplaba ya el rostro de las mujeres hermosas, aquel puro rostro de niña.

Ya se sabía: todas las mañanas á la misma hora, después de haber oído los gritos de todos los vendedores que sucesivamente iban pasando por la calle, y un poquito antes de

Aspirante á...



GENERAL

aparecer el principal... y de dirigirse al despacho... veía yo á la niña en el mirador arreglando su casita de muñecas.

Así un día y otro y otro y muchos meses... sin que viese á Clarita más de cerca; sin embargo, se había acostumbrado á saludarme, vibrando los dedos de su mano y dedicándome una dulce sonrisa. Recuerdo que en una ocasión hubo de dirigirme al despacho por el jardín, y hallé á la niña; entonces me asaltó un pensamiento verdaderamente criminal: acercarme á la pequeñuela y besarla en las frescas mejillas...

Pero... vuelvo á repetirlo: había algo de agitador y turbulento en mi corazón, que me hacía temer que aquel beso fuera un ultraje á la santa inviolabilidad de la inocencia...

¡Oh, qué hermosura de mujer en aquel rostro de niña!

No obstante, la niña desapareció; Clarita se ocultaba; yo no pude saber qué había sido de ella, hasta que por casualidad me digeron que la Clarita, la hija de nuestro principal, iba á volver del colegio.

Yo no la había podido olvidar: la reconocí

Aspirante á...



PROPIETARIO

GRAN RETRETA



—No me pareció mal, pero al decir que los soldados irían vestidos...
—Pues qué fueron desnudos?

la reconoció al verla, sí; no era posible que aquella magnífica rosa procediese de otro que de aquel precioso botón que yo había mirado con tanto encanto...

Entonces fué cuidada con esmero exagerado la coliflor de mi cabeza; llevé á escrupuloso trabajo la elegancia de mi traje y la de pasarme las noches en claro escribiendo, en excelente letra inglesa, cartas de... amor á la señorita Clara, que ésta no recibía, que no podía recibir, puesto que yo no se las enviaba, ni las escribía con tal intento...

La niña había sido muy linda; ya mostraba unos grandes y expresivos ojos, de un azul cual fondo de espacio ilimitado, en el que hubiera creído ver el flamear de ideas; el volar

como aves viajeras ó como angel en coro, pensamientos graciosos y tiernos...

La joven... me ofrecía en sus ojos una revelación grandiosa... ya aquellos espacios antes breves, se hallaban iluminados.

La contemplé con devoción amorosa; mis paseos del domingo eran aquellos por los cuales ella acostumbraba á pasear; iba yo al teatro á contemplar desde el fondo de una de las gradas del paraíso... á mi bella señorita que se hallaba en el palco de mi principal.

Cuatro épocas tuvo mi pasión. Un florecimiento, una primavera explosión de ilusiones y desengaños; salté de la aritmética á la métrica, dejé la contabilidad por el ritmo, idea-

lizaba constantemente sofocando en mí los deseos más vehementes, las más quiméricas ambiciones... pero ocultando siempre mi pasión. De aquella primavera, nada quedó en mí sino un solo recuerdo; el recuerdo de una resignación de martir... Asistí á la boda de la señorita con el joven marqués del Río... Suspiré al verla salir, deslumbradora con su traje de desposada, y me dije melancólicamente:

—Mañana, pongo fin á mi existencia.

III.

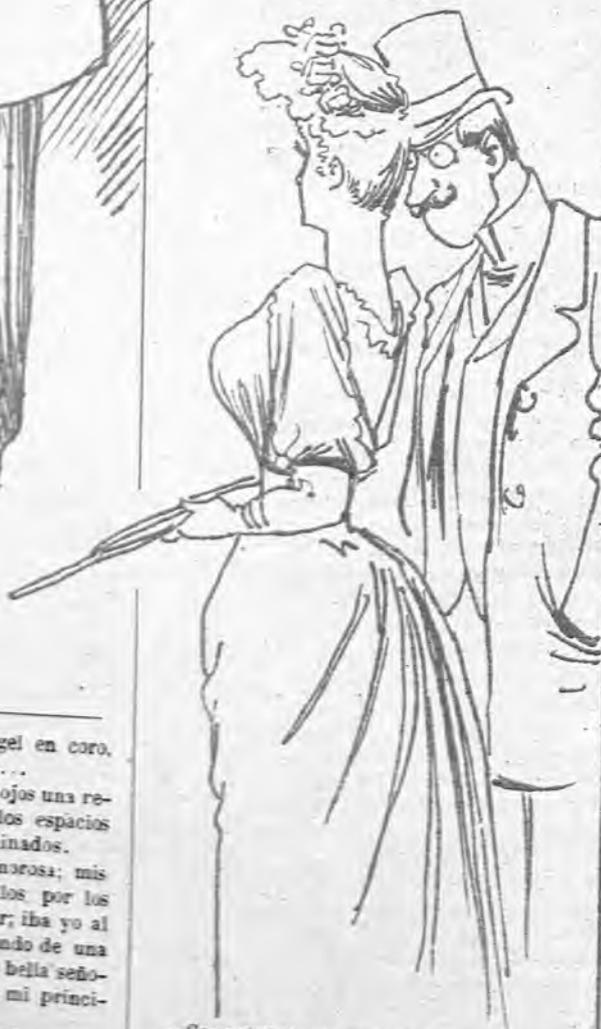
Pero mi pasión no se había revelado aún en toda su fuerza. Acepté la vida, ¡qué era para mí la muerte, sino la horrible privación de no ver jamás, ni por un instante, á mi adorada señora!

De cajero de mi principal pasé á la plaza de administrador general del señor marqués.

Siempre silencioso, siempre diligente, siempre enamorado... veía á Clara, soñaba con ella. Las mujeres leen hasta nuestros más íntimos pensamientos, y ella leía en mi corazón.

¡Pobre Nicolás, el bueno de Nicolás!... Tales eran las expresiones que empleaba al hablar de mí... La joven de magníficos ojos, la mujer que siendo niña aún ya mostraba en

GRAN RETRETA



—Con usted sí que tocaba yo diana en vez de retreta.

—Caballero, Diana soy yo.

—Pues permítame usted que haga de corneta.

RETRETA MILITAR



—¿Qué le gusta más, los faroles ó los soldados.

—¡Ay, los jefes!

sus ojos el encanto misterioso de una belleza seductora, era una mujer terrible... su mirada se había hecho menos misteriosa, menos fulgente, más serena, más dulce, más atractiva.

Ya no había en sus ojos aquel encanto soñador de la niña, que apenas vislumbraba los contornos del porvenir, ni la poética y casta belleza de la virginidad... pero en cambio, recibía yo sus miradas abrasadoras como los rayos del sol en su zenit.

Sus formas eran redondas, había en su belleza, ya hecha, contornos acabados; una coloración entonada, una firmeza robusta... Despertaba deseos menos difusos, menos vagos, más estimulantes é irresistibles...

Entonces se atrevía mi pensamiento á fraguar la quimera de la traición, surgían en mi mente proyectos desatinados... pero, en tanto, respetuoso, dueño de mi conciencia, domeñando mi voluntad... seguí día tras día, año tras año en la contemplación mística y silenciosa de la mujer amada...

Por fin llegó el otoño de mi pasión: un otoño estéril, un otoño melancólico y triste... Ella me llamaba su mayor amigo, su consejero leal... El señor marqués del Río, habiendo visto algunas canas en la cabeza de su mujer, tiñó las suyas y se entregó locamente al olvido de los años, á la última carrera del hombre que teme la llegada de la vejez y se despide del amor...

La pobre señora, bella aún, pero con una belleza majestuosa, noble como la de una reina, se refugió en el amor de sus hijos y en el afecto de su mejor amigo.

Pues bien, llego al término de este vulga-

risimo relato, y ella y yo somos ya viejos; ella, la señora, ha sufrido mucho, ha llorado mucho, hoy se halla viuda, su hermosura marchita, pero no perdida, es el encanto de sus hijos... Hace muy pocas noches jugábamos al tresillo:

—Nicolás... observo que Vd. gana, pero no me incomodo...

—Jamás se ha incomodado Vd. con su viejo criado, respondí.

—Mi querido Nicolás, era imposible...

—¿Por qué?

—Porque Vd. ha sido... Mi primer amor... ¡Vaya, será un insensato el que de mí se burle; sentí un estremecimiento extraño, algo así como si hubiera oído mi sentencia de muerte.

—Y V. ha sido—dije—mi único amor.

Y se me saltaron las lágrimas; ella en tanto, reía poseída del buen humor festivo y pueril de una abuelita contenta.

Entended esto, y si no, en verdad que me inspiráis la compasión más profunda.

José ZAHONERO.

BAILES POPULARES



—¿Quiere usted darse cuatro pataditas con migo?

—No, señor. Las cuatro pataditas me las ha dado usted en el estómago en cuanto le he visto.

Aspirante á...



PINTOR.

CARTA PARTICULAR

DE DESPEDIA.

Ocupación perentoria que á los Madriles me lleva casi me obliga á que hoy una descortesía cometa, con quien tan galantemente me ha tratado en su *Alameda* comiéndome de atenciones que nunca señor pudiera. Me marcho sin despedirme, sin darle un abrazo, en prueba de mi acendrado cariño, de mi gratitud sincera, y sin ofrecerme en nada como obliga la nobleza. Pero usted que es franco y bozo sabrá perdonar la ofensa á un mísero periodista que se vá de *La Alameda* con un sentimiento solo; el de no quedarse en ella.

C. OSSORIO Y GALLARDO.

En «La Alameda» (Jaña).
Sr. D. José Salmerón.

CONSUMATUM EST!

Seguir hablando de lo que me parecen los cuadros de las salas de la izquierda después de emitido fallo por el jurado, me parece tarea inútil; lo juzgado, juzgado está ya.

Pero hablemos de ese fallo y de cómo lo ha emitido el jurado, y de la polvareda que ha levantado entre los artistas.

Como dije ya en el primer artículo, ni entiendo de pintura, ni puede tener esto, por consiguiente, pretensiones de crítica; soy *caigo* en la materia, pero como el 99 por 100 de cuantos han pasado por la Exposición lo son también, apesar de lo cual y contra criticos y jurados otorgan reputaciones y adjudican medallas, háganse ustedes cargo de que lo que yo diga viene á ser, poco

más ó menos, lo que dice aquel respectable 99 por 100 de opinión.

El jurado ha emitido su fallo, que luego examinaremos, y los artistas se han reunido para protestar, no contra aquel, sino contra la legalidad con que ha sido emitido. Y dice el *caigo*: ¿es verdad eso ó hay en el fondo despecho por el reparto de medallas? Porque si es esto, está mal hecho: no son ustedes los que deben protestar, sino nosotros, porque ustedes eligieron libremente el jurado suponiendo (y en muchos de los señores jurados era mucho suponer) que entendían de pintura. Y si les dá á ustedes por protestar de esa especie cada vez que no salga el fallo á gusto, volveremos á los jurados de real orden y á padecer bajo el poder del señor Madrazo ó del señor Ribera ó de otro señor por el estilo, muy célebres, cuando aquí no había quien pintase fuera de ellos, pero que entienden de arte moderno y de pintar con grandes alientos como yo de clarificar vinos. Ahora, si en la protesta no hay más que respeto á la legalidad, yo me uno á ustedes y procuremos anular el fallo, puesto que tiene vicio de nulidad, aunque ya verán ustedes como en Fomento se hará para averiguarlo un expediente en el que informará hasta la Nunciatura apostólica, para demostrar más claro que la luz... que no tienen ustedes razón.

Ahora vamos nosotros, los que no pintamos nada en esto, á examinar el fallo del jurado, haciendo constar por anticipado que ni conozco á pintor alguno (y me honraría mucho la amistad de todos) ni me acuerdo en este momento más que de la personalidad artística.

El jurado no ha otorgado medalla de honor. Ha hecho bien: en el certámen no hay lienzo que la merezca.

Escultura.—Aquí sí que el jurado

BAILE FLAMENCO.



—Pero en este Madrid, ¡válgame Dios! no saben bailar á los desparejos.

Aspirante á...



¿Torero? No, señor, toro.

ha hecho propósito de errar y lo ha conseguido. No podía menos que dar una *primera* á Benlliure, pero se la ha dado por la escultura que menos vale entre las suyas, y dejando mal al pobre señor López de Haro que no tiene culpa de que el jurado no sepa lo que se esculpe. En cambio dá á Susillo una *segunda* medalla, como si alguien tuviese empeño en que Susillo no pase en su vida de segundas medallas. Y también la concede por el *Beso de Judas*, sin tener en cuenta que el *Lazarillo* ó el *Aquelarre* solos valen mucho, pero mucho más. Parece que aquí han querido premiar el tamaño, al revés de lo ocurrido con Benlliure.

¿Cómo no se ha opuesto á esto un señor Pujol ó Camps que, según veo más adelante, se ha opuesto á todo, como aquel señor que era siempre de la opinión contraria, fuese la que fuese?

Pintura.—Jiménez Aranda y Alvarez *primeras* medallas, aquél por *Una desgracia*, éste por *La silla de Felipe II*. Sepan ustedes que á esto no se opuso el señor Pujol y Camps. ¡Qué ocasión perdió usted, señor secretario! Bien: pues también aquí el jurado debió hacerse esta reflexión:

—¿Cuál es el lienzo más flojo del señor Alvarez? *La silla*. Pues darle una *primera* medalla. Y tan jurados, digo, tan contentos.

¡Ah! ¡Y la martingala de otorgar por orden alfabético para que Jiménez Aranda ocupe el segundo lugar? ¡Dónde estaba usted, señor Pujol y Camps cuando se trató de esto?

Vamos con las *segundas* medallas. Aquí sí que se ha despachado á su gusto el señor Pujol y Camps, á veces con razón, que todo se ha de decir, en el *Retrato* de la señorita Bañuelos, por ejemplo, que no merecía más que una *tercera*. Pero ¡por qué regla de *trece* han dado ustedes una *tercera* á *Rea Silvia* y una *segunda* á *El gran día de Gerona*, como si ya no hubiese clases y todos fuéramos unos? En cambio, dan ustedes una *tercera* á *Una poesía*,

aunque con el voto en contra del inevitable señor Pujol, que en esta ocasión estuvo en lo firme.

¿Y esa tercera medalla á *Un contraste*, del señor Francés, equiparándolo en méritos á la *Sirena* del señor Valenzuela, que es de lo mejor que hay allí? Pues para eso haber dado también alguna cosita á aquella *Ofrenda á Perides* del señor Hernández Amores, ó á *Margarita en la prisión*, de su señor hermano, que son dos lienzos capaces de hacer aborrecible el nobilísimo arte de la pintura.

En cambio el vulgo ha visto con satisfacción las segundas dadas á los señores Garnelo, Maura, Menéndez Pidal, Lucena, Sorolla y Cabrera, sobre todo la de este último pintor. Pero esto no quita para que nosotros, los de la parte de acá, echemos de menos otras medallas que han debido colgarse en lienzos que todos han señalado con el dedo.

Marusas, paisajes, etc. Primera medalla, muy justa, á Ruiz Luna. ¡Y sin la oposición del señor Pujol y Camps! Pero se desquitó en el *Viático á bordo* de Martínez Abades. ¿Y dónde estaba usted cuando se concedió una tercera á Meifreu y otra á Leonart? Porque *mi estudio*, de Meifreu y *Dios dirá*, de Leonart, son segundas ó yo no tengo ojos. Dicen que el señor Leonart ha renunciado la suya, y ha hecho bien, y yo proponería que se la diesen al señor Pujol y Camps, si no estuviese seguro de que se opondría, por su misión de oponerse á todo.

Después de examinar esta equitativa distribución de medallas, lo asombroso es que no haya tenido premio el *Tambor mayor de las amaszonas* ó alguno de los expuestos en la sala del crimen.

Si no había suficientes medallas

BAILERES EN LOS MERCADOS



—¿Vamos á los Mustenses?
—No; á la Cebáa.
—Me lo había figurao.

¡por qué no pidieron ustedes ampliación de ellas para no dejar sin premio muchos lienzos que injustamente se han preterido? Yo, que dije francamente mi opinión sobre *La vuelta de hato*, de Bilbao y *La entrada de Carlos V*, de Amérigo, no puedo ser sospechoso si digo que han sido olvidadas contra toda justicia, como lo han sido el *San Francisco*, de Oliver; la *Resignación y Esperanza*, de Masriera, y algunas más que no recuerdo en este momento.

Conste, pues, que no estamos satisfechos del fallo, y que lo han hecho ustedes bastante mal, y que siguiendo así habrá que hacernos jurados á nosotros, los del vulgo profano, á ver si lo hacemos mejor.

Porque peor no puede ser, señores jurados, no puede ser.

FEDERICO URRECHA.

PACOTILLA.

—Hombre, ¿por qué se ha tomado usted ese trabajo?

Eso le diría yo, si me oyera, á Mr. Georges-Francis-Train que acaba de dar la vuelta al mundo en cincuenta y nueve días.

Ya sé yo que el objeto principal de su viaje ha sido el de demostrar que Tacana es el camino más corto y más directo entre América y Oriente.

¿Pero qué necesidad tenía de molestarse para demostrarlo?

Todos le hubiéramos creído bajo su palabra de caballero.

En fin, ya que lo ha hecho y que yo no lo tengo que pagar, adelante.

Quedamos en que Tacana es el camino más corto...

¡Procuraré no olvidarlo porque no me importa un combro!

Para alcaldes de ingenio superior, el de un pueblo de la provincia de Granada.

—¿Cómo evito yo—se dijo el hombre—que se me declaren los obreros en huelga?

Y á fuerza de pensar, claro, dió con la clave.

La clave ha sido recoger todos los días la correspondencia y no permitir que se repararan ni cartas ni periódicos.

De este modo nadie se entera de lo que pasa en el mundo y no se mueve en su imperio ni un mal mosquito.

Ahora lo procedente sería que el Sr. Capdepón le quitase la vara de alcalde, diciéndole:

—Le quito á usted el cetro municipal por habérselo declarado á usted en huelga el sentido común!

Las cigarrerías—de la Coruña entre las cuales—hay más de dos ó tres docenas—próximamente que hacen pitillos—por afición según noticias—que de allí tengo dentro de poco—darán á luz un semanario—tabacalero que saldrá impreso—con tinta azul. Como ellas mismas—las pitilleras, según parece—lo escribirán, sabremos todos—como el tabaco mezclan con pelos—tortilla y pan; y hasta es posible—que con objeto de evitar dudas—al fumador, también revelen—las marcas de de qué cabezas—los pelos son!

SOBRE GUSTOS...



—Donde más me gustan las costureras es en los bailes.

Y á ellas donde más les gustamos es en el Restaurant.

Yo las saludo—por anticipo, como es costumbre—profesional...
¡Ay, compañeros—qué compañeras si nos convocan para fumar!

En los Estados Unidos ha sido autorizada para ejercer las funciones de piloto una arrogante moza de veintiocho años que presta servicio ya en el vapor *Iris*.

¡Ay! ¡Ya estoy mareado solo con leer la noticia.

¡Una moza arrogante de veintiocho años, empuñando el timón!

¡Pues á penas va á haber mareos á bordo! Grandes los van á causar cuando el buque esté en derrota por un concepto, la mar, y por otro, la piloto.

Leo:
«Sobre los viñedos de la Sierra de Atea ha caído una plaga de millares de ratones que devoran los brotes de la vid. Los labradores no saben cómo exterminarlos.»
¡Pues vaya una dificultad! ¡Que los exterminen uno á uno!

Un periódico emite la impertinente idea de que cesen los clamores contra la Arrendataria y hacer una huelga de fumadores.

¿Qué huelga? ¡No señor! ¡Usted desbarra! ¡Inútil heroísmo!
¡Ponemos á secar hojas de parra y fumamos lo mismo!

José Estrada

LOS MADRILES.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.

Número corriente, 15 céntos. Atrasado 25.
Madrid y provincias: Un año, 9 pías.
Sólo meses, 5.
Ultramar y Extranjero: Año, 15 pías.
Se publica los sábados. Pago adelantado.
Se suscribe en la Administración y principales librerías.

ARTICULOS DE CASAS RECOMENDABLES DE MADRID.

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ.

Madrid.—Escorial.

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con 36 medallas de oro y Diplomas de honor.

VENTA DIARIA: 7.000 KILOS.

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—Exijase la verdadera marca.

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: Montera 25.—Oficinas: Palma alta, 8, Madrid.

SELLOS DE CAUTCHUC

Todo lo más perfecto, nuevo y económico.

Se sirven las órdenes de provincias.

Agencia de publicidad

51, MONTERA, 51.

LA ESPAÑOLA.

Gran Fábrica de Chocolates.

Pedid siempre esta marca, la más acreditada de España, por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

PASEO DE ARENEROS 38.

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

RELOGERIA.

MONTERA 11.

Remontoirs níquel, desde..... 41 ptas.
Remontoirs acero, desde..... 14 ptas.
Roskoff níquel, desde..... 30 ptas.
Remontoirs plata, áncora, desde... 24 ptas.
Remontoirs plata, señora, desde... 22 ptas.
Remontoirs acero, señora, desde... 20 ptas.

Cadenas desde 75 céntimos.

MAQUINAS AUTOMÁTICAS

FABRICADAS POR EL REPUTADO CONSTRUCTOR

DON SABAS RAMIREZ

para la venta automática de objetos varios, mediante una moneda de

DIEZ CENTIMOS

para teatros, paseos y sitios públicos.

Representación exclusiva para España.

Agencia de publicidad: MONTERA, 51.

COMPAÑÍA COLONIAL

Chocolates y cafés.

La casa que paga mayor contribucion industrial en el ramo, y fabrica

9.000 KILOS DE CHOCOLATE AL DIA.

38 MEDALLAS DE ORO y altas recompensas industriales.

De venta en todos los Establecimientos de comestibles.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20—MADRID.

Anuncios para esta plana y para los telones, vestibulos, exterior y respaldos de butacas de los teatros de

Apolo, Martin, Infantil, Eslava y Felipe,

AGENCIA DE PUBLICIDAD

MONTERA 51.